

PROFECÍA Y ADIVINACIÓN EN LAS RELIGIONES DE LA ANTIGÜEDAD

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA, 2017, 171 PP.
ISBN: 978-84-472-1915-5

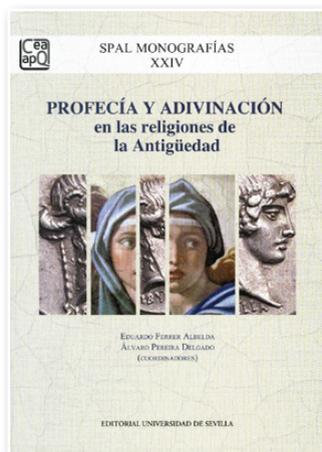
COORDINADORES: EDUARDO FERRER ALBELDA, ÁLVARO PEREIRA DELGADO

AUTORES: SERGIO RIBICHINI, JOSÉ LUIS SICRE DÍAZ, FRANCISCO MARCO SIMÓN, ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, MERCEDES ORIA SEGURA, FRANCISCO JUAN MARTÍNEZ ROJAS, SANTIAGO CARLOS MONTERO HERRERO

RECENSIÓN: RAFAEL A. BARROSO ROMERO
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA. ÁREA DE ARQUEOLOGÍA.

✉: rafaelbarroso@arqueocordoba.com

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚMERO 29 (2018)



El presente volumen forma parte de la Colección *Spal* Monografías Arqueología en su número XXIV, y recoge por escrito los resultados presentados a la reunión científica celebrada, bajo idéntica denominación, en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla los días 19 y 20 de noviembre de 2015. Como indica E. Ferrer Albelda en la presentación, el monográfico agrupa un total de siete contribuciones que, con vocación de síntesis, tratan el

fenómeno adivinatorio en las principales civilizaciones del Mediterráneo Antiguo donde se manifestó como un elemento religioso determinante: la fenicio-púnica, la cultura hebrea del Antiguo Testamento, el mundo céltico, algunos aspectos específicos de la adivinación griega y romana, y el caso del cristianismo primitivo.

El primer estudio viene de la mano de S. Ribichini y se titula “Pratiche divinatorie nel mondo fenicio e punico. Un approcio ai dati e ai problema”. Constituye una recopilación de datos y un estado del arte sobre la adivinación en dicha cultura, algo muy difícil de realizar habida cuenta de la escasez de fuentes existentes y de su naturaleza fragmentaria. Comienza explicando el debate sobre la existencia de sacerdotes oraculares, ejempli-

ficándolo con la inscripción de la base de la estatua de Astarté del Carambolo, datada en el s. VIII a.e. En ella, algunos académicos defienden la lectura de uno de los términos como “preguntador, inquiridor” (y por lo tanto sacerdote oracular), aunque otros ven en ello un simple patronímico. Un caso menos problemático se da en una lámina de oro del s. V a.e. hallada en el santuario etrusco de *Pyrgi*, que contiene una dedicación del príncipe etrusco *Thefarie Velianas* a Astarté donde cuenta que levantó un santuario en su honor porque la diosa se lo pidió. Sin duda esto se debió a una acción benéfica realizada por la divinidad, quizás a través de un sueño o un prodigio, pero conviene tener presente que el contexto ideológico del dedicante no es propiamente fenicio. Distinta es la cuestión de los sacrificios adivinatorios, ejemplificada a través de otro documento inscrito: la tarifa de Marsella. En ella se hacen públicos los precios correspondientes a los distintos animales por sacrificar; los términos empleados para designar varios tipos de sacrificios permiten plantear la posibilidad de que formaran parte de consultas adivinatorias. A continuación, el autor enumera una serie de debates existentes en torno a diversos vocablos aparecidos en otras inscripciones fenicias que permiten interpelarse sobre la existencia de adivinos y profetas. Todo esto lleva al autor a evaluar las fuentes de las que disponemos según su naturaleza: las escritas directas acaban planteando más interrogantes que certezas, mientras que la arqueología no ayuda a ir más allá, solo a plantear hipótesis; las fuentes orientales, fundamentalmente el Antiguo Testamento y algún texto egipcio, dan cuenta del uso de formas adivinatorias no muy distintas de las empleadas por sus pueblos

vecinos. Algo más locuaces son las fuentes clásicas, aunque a la hora de analizarlas debemos tener presentes que son originadas en entornos culturales muy diferentes, y no siempre están familiarizadas con el mundo del que hablan y al que en ocasiones pretenden denostar. Sea como fuere, estas nos dan información sobre el empleo por ejemplo de la aruspicina en Cartago, la existencia de sueños, señales, prodigios o presagios, y de las formas, lugares y momentos de la adivinación. Finalmente, se repasa el vínculo patente en las fuentes entre las fundaciones coloniales fenicias y la adivinación, como se da en los casos de Tiro, Gades y Cartago; y concluye con una reflexión sobre los límites de los documentos reunidos.

El teólogo J. L. Sicre Díaz dedica su exposición a la “Adivinación y profecía en el Antiguo Testamento”. En ella hace en una completa y rigurosa descripción taxonómica de los signos adivinatorios citados en los textos sagrados, así como de sus intérpretes, en función de los ámbitos en los que los dioses ejercen su influencia para transmitir su mensaje. Comienza distinguiendo un primer grupo de signos manifestados a través de elementos inanimados, como los cuerpos celestes (entre los que destaca la luna), los fenómenos atmosféricos (el color y la forma de las nubes, en número de truenos y de relámpagos, la dirección en la que caían las estrellas fugaces o la aeromancia), los líquidos (con el protagonismo del agua, cuya lectura se realizaba basándose en las gotas o en las ondas dibujadas sobre su superficie), o diversos instrumentos como una copa, las flechas, un bastón, la suerte (a través de una forma concreta de sorteo denominada *goral*), el *urim* y *tummim* (exclusivo de los israelitas y similar al procedimiento de cara

o cruz, no existe consenso sobre qué tipo de objetos serían, aunque su tamaño debía ser lo bastante pequeño como para que el sacerdote los llevase colgados), el *efod* y el *terafim* (cargados de incógnitas sobre su naturaleza), y quizás el arca de la Alianza. El siguiente grupo es el de los signos en animales, que presenta algunas dudas y parece que fue mucho menos corriente; se documenta la observación del vuelo de las aves, la *hepatoscopia* y la forma del humo resultante de la combustión de la víctima sacrificial. Un tercer grupo lo encontramos en los seres humanos, a través de los cuales la divinidad manifiesta su voluntad por medio de los sueños (abundantísimos en el Antiguo Testamento) y de oráculos, empleados para elegir al monarca, para consultas de guerra, enfermedad, desgracias diversas, colonizaciones o misiones encomendadas por la divinidad. La necromancia ocupa un lugar especial por cuanto que son los difuntos quienes revelan su voluntad, y a pesar de estar prohibida entre los israelitas es mencionada varias veces en las fuentes veterotestamentarias. El autor culmina su estudio analizando el papel de los distintos tipos de intérpretes de los signos, la postura de la legislación israelita ante su praxis en función de si son adivinos o verdaderos o falsos profetas, y la evolución de estos últimos.

El siguiente capítulo corre a cargo de F. Marco Simón con el título de “Profecía y adivinación en el mundo céltico”. El catedrático fundamenta su análisis en las fuentes grecolatinas, dando cuenta primero de la importancia de los augurios como “la clave de una etiología mítica que sirve para explicar la expansión céltica por el continente europeo” (p. 53) y entrando en los distintos tipos de rituales sacrificiales adivinatorios, siempre

realizados bajo la presencia de un druida: el sacrificio humano, reservado para ocasiones extraordinarias, y los sacrificios de animales y la ornitomanía, más frecuentes. Otro de los rituales que tuvieron un peso sustancial fue el de la *incubatio*; las fuentes escritas solo nos permiten conocer la existencia de esta práctica en las proximidades de las tumbas de los hombres más poderosos, aunque la documentación arqueológica parece indicar su presencia en numerosos yacimientos que se han interpretado como santuarios, como el de Endovélico en S. Miguel de la Mota, el de *Mars Nodens* en Lydney Park o el de *Sulis Minerva* en Bath. Para terminar, el autor hace un repaso de todas las ideas apocalípticas que se pueden encontrar escrutando las fuentes literarias (fundamentalmente Estrabón), como son el temor de los celtas a que el cielo cayera sobre sus cabezas o a una conflagración final del universo.

A. J. Domínguez Monedero suscribe el cuarto capítulo, “Adivinación en los confines del mundo griego: el oráculo de Dodona”, donde lleva a cabo un análisis pormenorizado de los aspectos vinculados al origen y el funcionamiento del santuario oracular dodoniense, confrontando con prudencia las fuentes literarias con las arqueológicas. Así, tras poner de relieve el gran renombre de este oráculo de Zeus a la luz de las fuentes escritas, se centra en exponer las múltiples cuestiones que han ido surgiendo en la investigación en torno a sus orígenes, que no cabe duda de que son muy remotos, pues es mencionado en los Poemas Homéricos y en la *Ilíada* y la *Odisea* como uno de los principales centros oraculares. La abundante documentación arqueológica permite abrir un rico debate sobre la existencia de este centro religioso ya en el segundo milenio

a.e., sus ulteriores contactos con el mundo micénico, su activo papel como parte de las redes de comunicación epirotas y como destacado elemento en la construcción de la periferia del mundo griego. A estas ideas les sigue la descripción del procedimiento oracular, donde el papel central lo ocupa un roble parlante cuyos mensajes eran interpretados por unos exégetas en un proceso ritual. Éstos fueron sustituidos con el tiempo por tres profetisas que a veces fueron identificadas por un conjunto de homonimias con palomas cuyo vuelo permitía emitir a estas sus vaticinios. Asimismo, se presta atención a las distintas tradiciones fundacionales del oráculo, episodios de su consulta, las ofrendas allí realizadas y el peso del culto que allí recibió la diosa Dione, su pareja divina o quizás su “doble femenino”. El último apartado previo a las conclusiones se refiere a los mecanismos de consulta oracular empleados, bien conocidos gracias a la aparición de abundantes tablillas de plomo, datadas entre la segunda mitad del s. VI a.e. y el 167 a.e., e inscritas con las preguntas de los consultantes, que obedecen a fórmulas fijas que permiten respuestas limitadas.

La aportación de M. Oria Segura, “Los oráculos en el mundo romano: caracterización arqueológica”, se inicia con una introducción histórico-cultural sobre qué suponía la adivinación en el mundo romano -entendida como una forma de comunicación entre dioses y hombres- las formas a través de las cuales esa comunicación se llevaba a cabo y cuáles son los tipos de fuentes con los que contamos para su estudio. La autora desglosa las formas de comunicación divina en cuatro grupos, en función de la existencia o no de intermediarios y de consultas premeditadas, a saber: los mensajes enviados directamente

por los dioses de forma espontánea (voces, sueños o visiones, augurios y prodigios), los enviados de la misma forma pero a través de intermediarios “inspirados” (profetas de diversa condición, entre los que despuntan las sibilas), las respuestas a las consultas hechas a los dioses premeditadamente (los oráculos) y las respuestas dadas por medio de signos (los *auspicia* de los augures, el *tripudium* de los arúspices y las populares *sortes*). En cuanto a las fuentes, las escritas nos dan información acerca de las consultas oraculares, la situación en la que se producen, su procedimiento o el contenido de preguntas y respuestas. Las arqueológicas, aunque fragmentarias e incompletas, nos hablan del contexto material en el que se desarrollaron aquellas prácticas, de los objetos rituales (muy escasos) y del proceso oracular que aparece a veces en representaciones figurativas de gran elocuencia. La segunda parte del estudio se enfoca en las evidencias arqueológicas relacionadas con los lugares en los que se producía esa relación de comunicación entre dioses y hombres: los santuarios. En todo caso la ubicación de estos espacios debía ser elegida por los dioses, pero eran transformados y acondicionados por los hombres en aras de una estandarización de las consultas a través de un proceso de consagración espacial, como muestran destacados ejemplos de época republicana como los grandes santuarios oraculares de *Gabii*, *Tusculum*, *Nemi* o el de *Praeneste*, entre otros. Un postrero apartado especial repasa en las herramientas empleadas en las consultas oraculares, fundamentalmente las *sortes*, si bien las pocas conservadas presentan bastantes dificultades para su contextualización e interpretación. También son relevantes las representaciones

explícitas de las consultas y de sus contextos materiales en monedas y esculturas.

En “Adivinación y *consecratio*”, S. Montero plantea las preguntas de qué papel jugaron los prodigios en la divinización del emperador y cuál fue la participación de los adivinos en el culto imperial. Para darles respuesta, y siempre fundamentando su discurso en referencias constantes a los autores clásicos y a ciertos epígrafes, dedica un primer apartado a recopilar y examinar todos los prodigios que anuncian la *consecratio* futura de los emperadores. Desde la aparición del *sidus Iulium*, el cometa que confirmó la divinización de César (aunque fue su sucesor quien estaba detrás de ello), se observa que la aparición de prodigios que anuncian la futura *apotheosis* del soberano se dará en los últimos meses de vida de este (a veces nuevamente en forma de cometa), siendo confundidos en ocasiones con los *omina mortis*. Aquellos serán interpretados sobre todo por los arúspices debido a varios factores como la ambigüedad de sus *responsa*, su estrecha colaboración con el Senado (el único capaz de decretar la *consecratio*), o el hecho de que los libros etruscos de adivinación (*etrusca Disciplina*) contemplasen una doctrina soteriológica en virtud de la cual el alma del difunto quedaba deificada; no obstante, también intérpretes de sueños, vates y astrólogos actuaron como exégetas de tales fenómenos. Pero los prodigios también actuaron como elementos de desautorización divina de determinados excesos de ciertos emperadores que perseguían recibir honores reservados a los dioses en vida o recibir el culto divino en vida, como sucedió con Calígula, Nerón, Domiciano o Cómodo. La clausura del capítulo queda reservada a la relación establecida entre los adivinos con el culto imperial, fundamentalmente de los arúspices

y de los sacerdotes de los santuarios oraculares, a través de ofrendas votivas constatadas por medio de epígrafes.

El broche final de la obra, firmado por F. J. Martínez Rojas, lleva por título “El más allá en el más acá. Profecías y adivinación en el cristianismo primitivo”. Una vez ha trazado el estado actual de la investigación sobre profetismo cristiano, el autor establece las características de la profecía cristiana, siendo algunas de las más destacadas (en virtud de los criterios externos) las siguientes: se realizan en voz alta, en un estilo breve y conciso, siempre durante el culto y a través de alguien que demuestra una conducta de vida ejemplar. Acto seguido, se explica el desarrollo diacrónico del profetismo, que en la bibliografía actual aún bebe de las consideraciones del sociólogo M. Weber, prestando especial atención al perfil del profeta en los siglos I y II: durante este tiempo pasa a adoptar funciones litúrgicas y conductas morales ejemplares, quedando la adivinación, entendida como el intento de forzar a la divinidad con preguntas, reservada a los *falsos* y viles profetas. Se advierte igualmente de la existencia de una herejía, el montanismo, una modalidad de profetismo considerada una especie de forma exaltada de profetismo, y se describen sus orígenes, sus fuentes, su evolución y su desaparición. Por último, se analiza la imagen que los autores no cristianos construyeron sobre el profetismo cristiano en su intento de denostarlo, y concluye con algunos apuntes sobre la adivinación y el rechazo de los cristianos hacia una práctica considerada propia de paganos idólatras.

Definitivamente, a tenor de la diversidad, la exhaustividad y el rigor metodológico patentes en los estudios integrados en este

volumen no es de extrañar que la serie de monografías *Spal* se haya convertido en sinónimo de calidad y renombre científicos. Sin duda, estas contribuciones están llamadas a

formar parte de la bibliografía esencial para los estudiosos de un aspecto tan fascinante como es la comunicación entre dioses y hombres en el mundo antiguo.